

## TÚ ME ENSEÑASTE A AMAR (CLAUDIA VELASCO)

### (PRIMER CAPÍTULO)

Herederero directo del Alto Rey de Irlanda, Brian Boru, Brian Dunboyne, llevaba en la sangre la guerra y un espíritu de rebeldía inflexible que lo había convertido desde niño, en un luchador excepcional. Hijo de un terrateniente rico y poderoso, Brian nació el año 1532 en medio de una familia de señores, guerreros y comerciantes que vieron en su nacimiento una esperanza de futuro. Fue el primer varón tras cuatro hembras y su padre lloró de felicidad al comprobar su sexo. Una condición que le otorgó muchísimos privilegios desde su más tierna infancia.

Brian Dunboyne creció feliz y libremente, oyendo historias sobre los antiguos señores de Irlanda: fuertes, aguerridos y valientes caballeros que habían convertido la isla Esmeralda en el mejor lugar del mundo para vivir. Una certeza de la que él jamás dudó, más aún, después de visitar Francia, los Países Bajos, España o Inglaterra de la mano de su padre, que se había convertido con los años en un respetado comerciante de sedas, hilos y paño irlandés, reclamado por las damas y las cortes de media Europa.

Se educó como un erudito. A los catorce años conocía más tierras que la mayoría de sus iguales y era despierto, ágil de mente, un negociante de primera y un chiquillo trabajador y responsable, al que su padre confiaba las decisiones de su negocio y del cual escuchaba sus ideas y proyectos. Él era feliz trabajando, le gustaba el dinero más que la espada, aunque sabía usar cualquier arma con destreza, y su envergadura física le facilitaba imponerse ante cualquier adversario sin mayor esfuerzo, además, era simpático, abierto, listo como el demonio, decía su madre, y el más seductor de los caballeros.

A los dieciséis años Brian Dunboyne había roto ya corazones y virtudes sin demasiado esfuerzo y a los dieciocho se casó, como mandaba la tradición de su familia, con una de sus primas, la jovencísima Keira, de apenas dieciséis años, con la que pretendía tener

una vida larga, apacible y llena de hijos. Una intención muy loable que sin embargo se vio rota con la prematura muerte de la joven al dar a luz a su primogénito, hecho que sumiría al joven viudo en un ostracismo del que tardaría años en salir.

De este modo, diez años después de la muerte de su esposa, Brian seguía volcando su energía en su hijo Kevin, en sus negocios y su gente, dejando de lado la idea de casarse nuevamente o de formar esa gran familia de la que todo el mundo le hablaba, dolido como estaba aún por la injusta pérdida de Keira, a la que no había llegado a amar como correspondía a un buen esposo, pero a la que había respetado y cuidado con todo su corazón.

–Padre, la abuela dice que esta vez me traerás una madre.

–¿Cómo?

–Una madre. La abuela dice que ya es hora de que traigas una madre para mí.

–¡Bendito sea Dios! –exclamó Brian Dunboyne sin mirar a su hijo de diez años, suspiró y siguió cargando los fardos de paño en el barco–

–¿Es verdad o no?

–No, Kevin, no es verdad ¿para qué quieres una madre?, tu madre está en el cielo y eso es más que suficiente.

–Bien.

–Bien –repitió y se giró para clavarle los ojos claros– ¿por qué no ayudas a tu tío Seamus a subir aquellas cajas?, queremos zarpar antes del amanecer.

–Sí, padre.

Kevin saltó al pantalán y buscó a su tío favorito que en ese momento organizaba el cargamento de sedas y encajes, y se entretuvo en ayudarlo. Brian lo miró durante un rato y luego se concentró en su trabajo, el chiquillo se estaba haciendo un hombre, era fuerte, listo y ya no necesitaba de una madre, decidió, aunque quizás él ya necesitara de una mujer.

